

## CAPITULO IX.

### Una teoría puesta en práctica.



La reina había sido sincera. Colon había despertado siempre en su ánimo admiración y afecto, y la idea de verle cargado de cadenas, ultrajado por un representante suyo, había operado una reacción en su ánimo, y estaba resuelta á indemnizar al almirante de sus sinsabores, rehabilitándole en sus cargos y dignidades, y haciendo ostensible el gran aprecio que le profesaba.

A pesar de la falta de salud de la reina, de la profunda tristeza que se había apoderado de su corazón, y que debía muy en breve llevarla al sepulcro; á pesar, en fin, del carácter ambicioso y poco expansivo de don Fernando, ejercía poderosa influencia sobre él.

No podía ménos de suceder así.

Su unión había nacido de un amor verdadero, y este amor no se había extinguido en medio del engrandecimiento político, la prosperidad creciente del país, al reunir las dos coronas y refundir sus Estados en uno solo.

Pero el tiempo, que va secando poco á poco en el alma los sentimientos generosos, al mismo tiempo que condenaba á la pobre reina á devorar en silencio la inmensa pena que causaba en su alma la muerte de su hijo, las disensiones de familia que su esposo provocaba, éste, halagado por los triun-

fos que había obtenido, convencido ya de que el descubrimiento de las Indias engrandecía á la metrópoli y podía ser una mina inagotable para el tesoro de España, deseaba que estuvieran al frente de las colonias hombres capaces de satisfacer su codicia, y este fué el flaco que explotaron los enemigos de Colon para aplazar la rehabilitación, que ambicionaba más que su vida propia.

Fonseca, á quien repito no es posible considerar sino como el resultado de una aberración lastimosa; aquel hombre, que gracias á su talento había logrado captarse la confianza de la reina y la consideración del rey; aquel hombre que tuvo en sus manos los medios de que los descubrimientos de Colon fuesen para España tan ventajosos como el almirante había querido, obedeciendo al bajo sentimiento de odio, de venganza, que experimentaba por las humillaciones involuntarias á que le había condenado Colon, viendo perdidas sus esperanzas y arruinado, viendo que la reina estaba resuelta á protegerle, recordó la terrible teoría que tantos estragos ha hecho en el mundo, esa teoría que se formula en esta lacónica frase: *divide y vencerás*.

Necesitaba, pues, para sofocar los generosos sentimientos que el infortunio de Colon había despertado en la reina, para contrarrestar la influencia que la esposa había ejercido sobre el esposo, abrir un abismo entre los dos, y cautelosamente dió manos á la obra.

Mientras el almirante descansaba en el seno de su familia, mientras que se desarrollaban en torno suyo todos los elementos para un drama, el obispo Fonseca veía á menudo á la reina Isabel, pasaba largas horas en la cámara del rey Fernando, y cada una de estas entrevistas era un golpe de muerte que daba al esplendor de España, á la gloria del primero de sus almirantes, á la felicidad doméstica de aquellos sobe-

ranos, que hasta entónces habia recibido á manos llenas los dones de la Providencia.

—¡Ah! Señora, exclamaba Fonseca cuando se hallaba á solas con la reina; comprendo vuestra pena, comprendo las lágrimas que á cada instante surcan vuestros ojos. ¿Qué es la felicidad conyugal, qué es el amor de un pueblo, qué son los triunfos obtenidos en la guerra, qué la satisfaccion de haber arrojado á los infieles del territorio de España y haber colocado donde estaba la Media Luna el signo santo de la Redencion? ¡Ah! Sí; todo esto es grandioso, todo esto aumenta el prestigio del soberano; pero cuando en medio de la alegría del triunfo, en medio de las satisfacciones se pierde al único hijo, á la única esperanza del corazon de una madre, de la dicha de un pueblo, las pasadas alegrías son torcedores, son martirios crueles, y sólo hay tiempo para llorar pérdida tan inmensa.

La reina agradecia aquellas frases que retrataban el verdadero estado de su corazon.

—¡Cuán bueno sois, Fonseca! le decia. Ninguno como vos me comprende, ninguno como vos penetra los misterios del corazon de una madre.

—Yo bien conozco, añadió hábilmente Fonseca, que vuestra majestad desearia que participase de los mismos sentimientos el rey don Fernando, mi señor. Grandes consuelos recibiria vuestra alma si en vez de vivir apartado de vos vuestro augusto esposo, pasara las horas en vuestra compañía, recordando las esperanzas y los proyectos, patrimonio de dias más felices. Pero los hombres, mucho más cuando ciñen una corona á sus sienes, tienen otros deberes que cumplir.

Hay ocasiones en las que, preocupado con los altos negocios de la nacion, parece que el rey ha olvidado por completo la muerte de su hijo. La gloria le seduce; las guerras que sos-

tiene le preocupan. . . . ¡Oh! Pero yo estoy seguro de que, aunque no lo manifiesta, en el fondo de su alma tiene siempre un recuerdo para su hijo.

Y de este modo, haciendo ver á la reina que nunca hablaba el rey del infante don Juan, que sólo ambicionaba la gloria y la sed de conquistas absorbía su imaginacion, le presentaba á sus ojos como un hombre sin alma, egoista, insensible, y aumentaba el dolor de la esposa y de la madre.

Distinto era el sistema que empleaba con don Fernando.

Fonseca estaba convencido de que los países descubiertos encerraban en sus entrañas inagotables riquezas.

Pero no queria que volviese Colón á ocupar el puesto que habia desempeñado.

Quería que la última impresion que produjera en la India fuera la que habia causado su llegada á la metrópoli cargado de cadenas.

Por sus conversaciones con el rey pudo convencerse de que don Fernando, al ver que el rey de Portugal y el rey de Inglaterra enviaban continuamente expediciones marítimas en busca de países nuevos, deseaba ensanchar las conquistas iniciadas por Colón, y necesitaba para conseguir su objeto halagar sus esperanzas, porque al mismo tiempo que las halagaba podría influir en su ánimo, demostrándole que no era ya el almirante la persona que debia gobernar sus Estados de allende el mar.

De acuerdo los dos en que era necesario conservar los países descubiertos:

—Idead, dijo el rey á Fonseca, el medio de organizar la administracion de las colonias.

Fonseca sometió su plan al monarca.

—En mi opinion, le dijo, convendria nombrar varios alcaldes para que administrasen todos los grupos de poblacion es

tablecidos y que se establezcan, dependientes de un gobierno general, que puede radicar en Santo Domingo.

Fonseca dió esta organizacion para aumentar la importancia del cargo que hasta entónces habia desempeñado Colon, y para que sufriera su amor propio al ver que desde el momento en que se elevaba á mayor altura el cargo que habia desempeñado, no le consideraban los reyes con las condiciones necesarias, con la capacidad conveniente para desempeñarle.

—Organizada así la administracion, dijo el rey á Fonseca, tendrá que volver á su puesto Colon.

--Tales parecen los deseos de su majestad la reina, y bien merece el almirante esa rehabilitacion. Pero la verdad es que un cargo de esa especie, que tan omnímodos poderes necesita el que represente en las Indias á vuestras majestades, debe exigir al agraciado algun vínculo con la corona, algun vínculo con el país, y al fin y al cabo los Colones son extranjeros, no sienten el orgullo nacional, y sobre todo hay que tener presente una cosa: los contratos que el almirante ha hecho con vuestras majestades son onerosos para la corona de España.

—Eso es muy cierto.

—Al concederle vuestras majestades la proteccion que imploraba para emprender su viaje de exploracion, nada más natural que ofrecerle grandes ventajas, porque al fin y al cabo no se sabia si fracasaria su empresa. No seré yo quien aconseje que no se cumplan los tratados hasta ahora, pero en lo sucesivo deben modificarse.

En efecto: nadie podia presumir la extension de los países que se ocultaban en medio del Océano, ni los tesoros que encerraban en sus entrañas.

—De no poner coto á las prerogativas que le han concedido vuestras majestades, puede llegar con su importancia á

ser, despues de vuestras majestades, la primera persona de España, y esto no lo verian con gusto los nobles, que á fuerza de heróicas hazañas y de costosos sacrificios han ganado los puestos que hoy disfrutan en la corte.

—Con efecto; los contratos deben revisarse, deben modificarse en un sentido más equitativo.

—En un sentido, añadió Fonseca, que pueda impedir al almirante que vuelva algun dia á regir los destinos de las colonias, á olvidar sus deberes, proclamándose soberano de aquellos países, y arrebatando á la corona de España una de sus mejores joyas.

Esta idea, que no se le habia ocurrido al monarca, acabó de decidirle á oponer toda clase de obstáculos á la rehabilitacion del almirante.

—No volverá á ser gobernador de Santo Domingo, dijo el rey.

Fonseca tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su alegría.

Convino con el rey en que debian fomentar la pasion de los descubrimientos que en todos los marinos de España se habia despertado, y el rey decidió, entre tanto, oponerse con habilidad, con resistencia pasiva á que se devolviesen á Colon las dignidades y privilegios que se le habian otorgado, y de los que no podian despojarle por ningun concepto.